

## SERMON.

### LA BLASFEMIA ES UNO DE LOS PECADOS

MAS GRAVES (1).

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

(DE GONZÁLEZ.)

*Quia blasphemus.*

Que blasfemas.

*S. Juan, c. 10. v. 36.*

Desde que hay religion en el mundo, han alabado siempre los hombres al objeto que reconocen por su Dios. El cristiano y el idólatra convienen en esto; y ¿cómo podrian disentir, cuando no puede darse ni concebirse la idea de la religion sin el tributo de las alabanzas? Por la virtud de la religion adoramos aquel Ser, que en nuestro concepto excede á todos los demas en la grandeza, en el poder, en la sabiduría, en la independencia, en la virtud. Ni es posible protestar el exceso en estas cualidades, sin alabarlas, porque no es otra cosa la alabanza que la publicacion de las buenas y excelentes cualidades de otro. Los idólatras, careciendo de la idea verdadera de la Divinidad, tributaban honores divinos á las criaturas, de quienes creían haber recibido y esperaban recibir algunos beneficios extraordinarios; por cuyo medio daban un público testimonio de su poder y beneficencia. De aquí la suposicion de que la gratitud, connatural al hombre, es el origen del detestable mons-

(1) Véase sobre la blasfemia la conferencia de la pág. 448 del tomo primero de los sermones de *Mision*.

truo de la idolatría. Así es que cuando los israelitas expusieron á vista del pueblo el becerro formado por ellos mismos, no se contentaron con decir, *esos son tus dioses, Israel*; sino que en su acceso añadian: *esos son los dioses que te sacaron de Egipto*; que equivale á decir: ¡qué cúmulo de perfecciones no han manifestado estos seres divinos en los prodigios obrados para librarte del yugo de Faraon! Del mismo modo son notables los elogios en que prorumpieron Moises y su hermana María al ver sumergido en el Mar rojo á Faraon con todo su ejército; los de los tres niños hebreos, cuando permanecian ilesos en el horno de Babilonia; los de Daniel y todos los demas profetas. Y la Iglesia santa, dirigida por la eterna Sabiduría, hace que resuenen todos los dias en boca de cada uno de sus ministros aquellas alabanzas, que á pesar de nuestra tibieza y falta de atencion, renuevan mas principalmente en nuestra memoria la idea de las grandezas del Señor, y encienden en nuestros corazones los afectos mas sensibles de admiracion, de respeto, de gratitud y de amor.

Nada mas opuesto á este acto de la virtud de la Religion que la blasfemia; ese horrendo vicio por el que niega el hombre á Dios los atributos que le pertenecen, ó le atribuye cualidades indecorosas á su adorable majestad; ese monstruoso pecado que reprueban la gratitud, la razon y la naturaleza. Y puesto que los judíos, por una de aquellas inconsecuencias tan comunes á los impíos, acusaban de blasfemo á Jesucristo y querian castigarle como á tal, cuando lo eran ellos llamándole samaritano y endemoniado, quiero tratar en este dia de la blasfemia, haciéndoos conocer su origen, su malicia, sus consecuencias y los medios de destruir este monstruo.

Para hablar dignamente de este asunto, dadme, Dios mio, aquel acierto y eficacia con que defendisteis vuestra causa, desmintiendo las impías acusaciones de vuestros enemigos. Así os lo pedimos todos por la intercesion de nuestra esclarecida Patrona. *Ave Maria*.

Cuanto una cosa dista mas del tiempo de su institucion, tanto mas se debilita y extingue su memoria. En el principio de la Iglesia se reunian los fieles en el templo para tributar al Señor sus alabanzas; en cuyo piadoso ejercicio pasaban la mayor

parte de la noche, aunque sabian de positivo que esto habia de ocasionarles la persecucion y la muerte. Siglos felices! mil veces bienaventurada época! Entónces era verdadera la Religion de los cristianos! ¡entónces era mas perfecta y mas viva que al presente la idea que tenian de Dios! ¡entónces se juntaba el cielo con la tierra, porque los ángeles acompañaban á los hombres en estos gloriosos cánticos! ¡entónces cada cristiano era un santo, un mártir, porque la entrada en la Iglesia era el camino para el martirio!

¡Qué confusion, cristianos, qué confusion es para nosotros el comparar aquellas costumbres con las nuestras! ¿Por ventura el Dios que nosotros adoramos, es otro que el que adoraban ellos? se ha debilitado su poder? se ha disminuido su grandeza? No son infinitas, como entónces, todas sus perfecciones? ¿son ménos considerables los beneficios, las gracias que á nosotros nos dispensa? ¿Por qué pues no han de ser tan continuas, sinceras y expresivas nuestras alabanzas? Oh! ciertamente desanima el considerar que los fieles ya no se ocupan en esto; que es un ministerio exclusivo del sacerdote, quien por justas disposiciones de la Iglesia tiene que desempeñarlo usando un idioma desconocido de aquellos: de modo que unos lo abandonan completamente; otros guiados por la costumbre lo hacen con un espíritu distraído; otros, llenos siempre de los cuidados temporales, repiten sin atencion y tal vez con fastidio lo que oyen al sacerdote. Este ve con sumo dolor que los fieles ni aún saben lo mas necesario acerca de la naturaleza y atributos de Dios; que la idea de un Ser supremo é independiente va desapareciendo de entre nosotros; y es de creer que muchos adorarian á Mahoma con la misma indiferencia con que adoran á Jesucristo. Qué dolor! nos aprovechamos del mundo como los brutos; empleamos como ellos nuestras fuerzas, hacemos uso de nuestra vida, sin atender jamas al verdadero principio y al objeto único de la creacion. El mundo entero publica sin cesar las glorias de su Criador, y solo las ignora el hombre que es el único capaz de conocerlas. Nuestra vida es conforme á nuestro conocimiento: no amamos á Dios, por no tener nociones de su bondad; no le tememos, por no tener idea de su justicia; no le obedecemos, por desconocer su omnipotencia; no le veneramos, por ignorar lo excelso de su majestad; en una palabra, le ofendemos, le insultamos, le blasfemamos como los fariseos,

por no conocerle. Con el pecado crece la ignorancia, y con la ignorancia se aumenta el pecado; y como es ya suma la ignorancia, el pecado ha llegado á su mayor incremento.

Aquí tenéis, cristianos, el origen de la blasfemia; la ignorancia; esa ignorancia tan universal respecto á los atributos de la Divinidad, esa ignorancia sostenida por la perversidad del corazón, esa fatal ignorancia que ha conducido á los hombres al último extremo de corrupcion. Ya no se contentan con abusar de las criaturas; se empeñan en robar la gloria á su Criador: no se dan por satisfechos con pisar las leyes sacrosantas de su adorable providencia; le hieren ademas en lo mas vivo de su honra blasfemando su santo nombre: les parece poco convertirse de cristianos en gentiles; desean trasformarse en horriblos monstruos del infierno.

Con efecto la blasfemia es el ejercicio continuo de los condenados y de los demonios en el infierno: la blasfemia es el carácter peculiar del Antecristo; es el distintivo de aquel, á quien llama Dios por excelencia *el hombre de pecado*; es la divisa de la bestia feroz, que representa san Juan en su Apocalipsis (1) haciendo á Dios y á su Religion santa la guerra mas impía. La blasfemia, dice san Gerónimo, es el mas horrible de todos los pecados. La blasfemia, en sentir de san Agustin, es un delito igual al de los judíos que crucificaron á su Dios; por cuya razon le es tan sensible y dolorosa como lo fueron los azotes, las espinas, los clavos, la cruz y la muerte. La blasfemia, escribe san Bernardo, es un horrendo sacrilegio, mas execrable aún que el de los fieros sayones que pusieron sus impías manos en el cuerpo sacratísimo del Señor. La blasfemia contra el Espíritu santo, dice el mismo Jesucristo, es un pecado irremisible; ni en la vida presente ni en la futura será perdonado. La blasfemia cierra todas las puertas de la divina misericordia; enciende su furor; aviva su indignacion, y arranca por último de su mano el castigo mas terrible y espantoso.

Uno de los medios mas á propósito para dar á conocer toda la malicia del pecado de blasfemia, y de la indignacion que causa al Señor, es referir algunos de tantos horriblos castigos como ha impuesto en esta vida á los blasfemos. El impío Rabsáces á nombre de su rey blasfema al Dios de Israel en presencia

(1) Apocal. c. 13.

del ejército del piadoso Ezequías; y en aquella noche irritado el Señor desbarata su poderoso ejército por el ministerio de un ángel; degüella en un momento ciento ochenta y cinco mil soldados; y si permite y protege la huída del rey blasfemo, es con el fin de que sufra una muerte mas inhumana: en su corte, en el templo de sus ídolos, en todas partes le persiguen; sus propios hijos se arrojan sobre él, manchan sus impuras manos en su sangre, y le hacen bajar al sepulcro despojado de toda su gloria. El pérfido y obstinado Faraon, los sacrílegos Coré, Datan y Abiron, el soberbio Holoférnes, los impíos Nicanor y Antioco... ¿qué horribles y pronto castigos no recibieron por sus execrables blasfemias? Oh! nada tiene de extraño, porque entre todos los pecados sola la blasfemia va directamente contra el honor del Santo por esencia; sola ella tiende á disminuir la gloria del Omnipotente; sola ella llena de afrentas y vituperios al Criador del universo. Todos los pecados tienen algun aliciente; la blasfemia ninguno. El injusto es movido por el interes, el soberbio por la vanagloria, el deshonesto por los placeres de la carne; el blasfemo... ah! no puede explicarse la causa de este pecado, sino por sola la malicia y perversidad, por un odio expreso y decidido de Dios, por la rabia y furor que tiene el hombre orgulloso de no poder arrancarle el poder y la divinidad.

No creáis que exagero: mirád á uno de esos monstruos que por desgracia se ofrecen con tanta frecuencia á nuestra vista; mirádle cuando poseído de un acceso de ira prorumpe en blasfemias contra su Criador, y veréis perfectamente retratado en su semblante cuanto tienen de horrendo y aterrador las furias infernales. Veréis su rostro desencajado, su color amarillento y negruzco, sus ojos despidiendo rayos de fuego, interrumpida la respiracion, los labios trémulos, la lengua moviéndose á todas partes, y vibrando á todos lados como la de la vívora el mortífero veneno de su rabia. No es un hombre; es una fiera encarnizada, un furioso energúmeno, un desesperado demonio. Si en aquella ocasion fuera capaz de contemplar su imágen en un espejo, ¿llegaria á conocerse? Al contrario, se espantaria, se horrorizaria de sí mismo: ¡tal es y tan opuesto á su naturaleza el furor que le agita y subyuga! Y á no ser así, ¿cómo habia de tener la insolencia sacrílega de insultar á su Criador omnipotente?

Tan monstruoso es este vicio que á su vista se horroriza la naturaleza, se estremece la razon, la Religion se avergüenza; hasta la impiedad misma le detesta. Apénas hay legislacion que no lo prohíba bajo las penas mas severas y terribles. En la ley de Moises no solo era excomulgado el blasfemo y separado del pueblo, sino que irremisiblemente habia de morir apedreado; en prueba de ello hoy se disponen los judíos á apedrear á Jesucristo, por parecerles que blasfemaba, cuando les anunciaba las verdades del cielo. No tan severas, pero mas imponentes, si se quiere, son las penas con que la primitiva Iglesia castigaba este delito. Ademas de las penitencias comunes á todos los pecadores, se le imponia al blasfemo la de entrar descalzo, con una sogá al cuello y con las demostraciones del dolor mas vehemente, la primera vez que era admitido al templo del Señor, á quien de tal modo habia insultado. Si á esto se negaba, ó si recaía en el mismo pecado, quedaba excluído para siempre del gremio de la Iglesia, y condenado á que en su muerte fuera arrojado su cadáver á un hediondo muladar. Todos los reyes cristianos han establecido penas severísimas y aún crueles para castigar tan enorme crimen. Y lo que parece increíble, aún el impío Nabucodonosor promulgó un edicto expresado en estos términos: toda lengua que blasfeme contra Dios sea cortada, y completamente destruída la casa del blasfemo.

Aquí no puedo ménos, señores concejales, de llamar vuestra atencion. Las Autoridades supremas descansan en las leyes y los magistrados; los jueces superiores en sus subalternos, y aquellos en vosotros. Supuestas las determinaciones de la lei sois responsables en el tribunal del mas recto de los jueces de las blasfemias con que en este pueblo, confiado á vosotros, se ultraje su nombre sacratísimo; y este nombre adorable es blasfemado en este pueblo. Qué hacéis pues? ¿para que lleváis en la mano esa vara, sino para castigar semejantes desórdenes? Qué! ¿temeréis desagradar á los hombres, usando de vuestra autoridad y cumpliendo vuestro deber, y no teméis desagradar á Dios, abusando de esa misma autoridad y faltando á vuestros deberes? Hacéis una ostentacion, tal vez ridicula, de mirar por los intereses y el honor de vuestros hermanos, y ¿no os interesaréis en lo mas mínimo por la honra de vuestro Dios? Teméis la pérdida de los bienes temporales, y ¿no temeréis la de vuestra salvacion? En todos los pueblos se han tomado las mas sé-

rias providencias para la extincion de este monstruoso pecado, y solo en este se tolera, se deja impune y tal vez se patrocina ó promueve con el ejemplo. San Juan Crisóstomo opinaba que cualquier cristiano al oír una blasfemia estaba, no solamente autorizado, sino obligado á acercarse al blasfemo, advertirle su crimen, cerrarle la boca con una bofetada, y romperle la dentadura, aunque supiera positivamente que peligraba su vida por esta accion. Si llegara esto á suceder, dice este celoso padre, el que tal hiciere, santificaria su mano con el golpe, su lengua con la reprension, su alma con el celo, y si por ello perdiera la vida, seria mártir del Señor como el Bautista. Y si esta es la obligacion del particular, ¿cuál será la de los jueces y superiores? Yo tengo que limitarme á amonestar y reprender; no me es posible castigar á los blasfemos, porque no es propio de mi carácter, ni para ello estoy autorizado; pero me veré en la precision de imitar la conducta ejemplarísima de aquel sacerdote, que oyendo blasfemar desafortadamente de su Dios á un soldado, arremetió á él como un leon, y armado de un santo celo le dijo: *mientes, impio, Dios no es lo que tú dices, sino santísimo, justo, misericordioso, infinitamente perfecto*: á cuyas palabras mas enfurecido el soldado, y vomitando dieterios, imprecaciones y amenazas, echo mano á la espada para atravesarle. Entónces el sacerdote, postrándose á sus piés, le presentó el cuello y el pecho diciendo: *eso sí, hermano, di en buen hora cuanto quieras de mí, que nunca será suficiente para ponderar lo malo que soy; pero nada digas de nuestro Dios, que es la misma santidad y la misma gloria: pasa con tu espada este pecho miserable, y empapa tus manos en mi sangre; mas tu lengua no ose mancillar la honra de quien te ha criado*. Tal vez me veré precisado á imitar tan ejemplar conducta, porque no tengo mas armas que las palabras, ni mas vara que la lengua. Es verdad que Jesucristo usó del azote contra los profanadores de su santa casa; pero era un Dios omnipotente, y yo solo soy un débil mortal, un ministro indigno. Á vosotros, señores, compete atajar el contagio, porque en vuestra mano está la vara: sobre vuestros hombros descargan los pecados de esta especie que se cometan en el pueblo, y que pudierais y debierais evitar, ó castigar por lo ménos. Si lo hacéis, cumplís la mas indispensable y digna de vuestras obligaciones; de lo contrario, ay de vosotros en el último de los días! Ay de vosotros! Ese mis-

mo Dios cuya causa tan mal habéis defendido, os declarará ante todo el mundo traidores á la patria, traidores á la Religion, traidores á la naturaleza. Infelices! infelices tambien los que den lugar á esta reprension!

Yo me horrorizo, hermanos míos, al contemplar esto despacio. Cuando las lenguas todas de los ángeles son sumamente débiles para glorificarle; cuando todos los seres criados no alcanzan á tributarle las alabanzas y bendiciones que de justicia se le deben por su poder, sabiduría y santidad; no se oyen en boca de los cristianos sino desprecios é insultos á su adorable majestad. Los verdaderos cristianos se ven precisados á tener cerrados en casa á sus hijos porque no participen del contagio; los ancianos oyen con frecuencia lo que acaso no oyeron una vez en su juventud; las mujeres se estremecen al oír las horribles blasfemias, en que prorumpen sus infames maridos al castigarlas injustamente, y lo sienten mas que el mismo castigo; los inocentes parvulitos, esas desgraciadas víctimas del furor de sus desapiadados padres, han sido ofrecidos por ellos en sacrificio á los demonios; han mamado la irreligion con la leche, y sus balbucientes lenguas se han desatado con mil obscenidades y blasfemias que oían á aquellos. Niños infelices! en qué tiempo tan funesto han recibido la vida! Dios justo! cuidad de sus almas inocentes; apartad de su presencia la piedra del escándalo, quitando á sus impíos padres la vida que no merecen; llamádos si no para vuestra gloria, ántes que con el uso de la razon éntre á dominarlos la impiedad.

Época desventurada! guerra cruel! qué terrible desolacion has sembrado en nuestro miserable suelo! ¡Cuánto mejor hubiera sido, cristianos, perecer á manos del feroz enemigo, que conservar la existencia para ver y lamentar los horrores que introdujeron en nuestras costumbres! ¡Cuánto mejor hubiera sido morir defendiendo la Religion y la patria, que vivir para ver la infamia de la patria y la deshonra de la Religion! Huesos áridos de nuestros mayores, levantáos; rompéd la pesada losa que os cubre; volvéd á vuestros pueblos, á vuestros hogares... Qué digo? profundizad mas vuestros sepulcros; ponéd sobre ellos los mas elevados montes; ocultáos bajo el mas profundo abismo, por no ver á vuestra patria convertida en un infierno, y en demonios á vuestros hijos; por no oír su lenguaje, que es el mismo que el de aquel lugar de desesperacion; esas blasfe-

mias é imprecaciones que jamas vosotros oisteis, y que profesen ahora como por diversion hasta los niños. Pero no digo bien; salid, salid á arrancar esas lenguas impías, á desgarrar esas bocas sacrílegas, á arrastrar con vosotros al sepulcro y sepultar en el infierno á esos monstruos. Deponéd ese afecto paternal que abriga vuestro corazon, pues ya no son los mismos que engendrateis; son unas furias abortadas por el infierno.

Ministros de las iras del Señor, venid á defender su honra. Heladas, pedriscos, rayos, fuego, inundaciones, hambres, guerras, pestes y mortandades, á vosotros digo con los tres niños israelitas, con David y con toda la Iglesia; venid, alabád á vuestro Dios; confundid á los impíos que le deshonoran y profanan su santo nombre. Hombres buenos, mujeres piadosas, ancianos venerables, jóvenes robustos, emplead todas vuestras fuerzas, ponéd en movimiento todos los recursos posibles para ahuyentar un vicio tan abominable; valéos de vuestra virtud, de vuestros hechizos, de vuestras canas, de vuestra autoridad, para hacer enmudecer á los sacrílegos; dadles en rostro con su impiedad; detestad pública é incesantemente su lenguaje; huíd léjos de su compañía, para que como Caín vivan solos, prófugos en su misma patria. Padres de familia, apartad de su lado á vuestros hijos; y si estos, incitados por su ejemplo profiriesen semejantes expresiones, arrancádles la lengua en el acto. Ángeles de la gloria, potestades del infierno... Pero dónde voy? yo no puedo mas; tomad, Señor, por vuestra cuenta la defensa de vuestra gloria: presentáos á estos malos cristianos en el lastimoso estado á que os ha reducido su impiedad; recordádles aquella ominosa noche en que por su causa fuisteis el blanco de los escarnios y befas de los sayones, y decídes que aún sentís mas sus blasfemias: presentádles esa profunda llaga del costado, y hacédes ver que aún es mas profunda y cruel la que os hacen ellos en vuestra honra: presentádles esa cruz de tormento é ignominia, y decídes que aún os afrentan y martirizan mas sus sacrílegas profanaciones: presentádles esas punzantes espinas, esos agudos clavos...

Me detengo demasiado: recordad, os diré para concluir, recordad, amados míos, que el Señor á pesar de vuestros enormes delitos os sufre, os conserva la vida, cuida de vuestro alimento, sostiene vuestra fe, os llama sin cesar por su divina gracia, os espera á penitencia, os da su preciosa sangre, ofrece

por vosotros su vida, os convida con su gloria; recordad estos beneficios que son la prueba mas demostrativa de la grandeza del Señor y de su infinita misericordia; recordadlos y bendecídele con toda la efusion de vuestra alma. Bendigamos todos la grandeza del Señor: bendecídla vosotros, ángeles de la gloria; bendecídla, cielos inmensos; bendecídla, astros lucientes; bendecídla, animales brutos; bendecídla, plantas insensibles; piedras y metales, elementos y todas las criaturas, bendecid, alabád su santo nombre; publicad su poder y su excelencia; decid en vuestro idioma: bendito sea para siempre el nombre del Dios los cristianos, porque él solo es el grande, el sabio, el poderoso, el bueno, el Dios verdadero, el único á quien se deben las alabanzas, el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amen.